

El mito de la retirada europea del Caribe no-hispánico

Andrés Serbin

ANDRES SERBIN: Antropólogo venezolano, de origen argentino. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Central de Venezuela. Actualmente, profesor de la misma universidad. Ha sido presidente de la *Caribbean Studies Association*. Es presidente en ejercicio del Instituto Venezolano de Estudios Sociales y Políticos (IN-VESP). Autor de varios libros, entre ellos «Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe anglófono» y «El Caribe, zona de paz», este último coedición de *Nueva Sociedad* y la Comisión Sudamericana de Paz.

A partir de una breve caracterización histórica de la inserción de las potencias coloniales europeas en el Caribe no-hispánico. Del proceso de descolonización iniciado en la década del 60, y del papel hegemónico asumido por Estados Unidos, en este artículo se analiza la persistente influencia europea en la región. En este sentido, junto con una serie de mecanismos de asistencia económica canalizados tanto a través de la CEE como de la asistencia directa de Holanda, Gran Bretaña y Francia, se considera la relevancia de los intereses estratégicos y políticos que ponen en cuestión el mito de la retirada europea definitiva del Caribe no-hispánico.

Desde el siglo XVI, el Caribe ha sido, reiteradamente, foco de la confrontación entre potencias extrarregionales. La expansión colonial española en la región fue disputada ya en las primeras décadas posteriores al descubrimiento por holandeses, ingleses y franceses. De hecho, durante más de tres siglos, los conflictos europeos se reflejara: en la cambiante geografía política caribeña. A su vez, desde mediados del siglo XIX se fue configurando una nueva influencia extrarregional: la presencia dominante de los EEUU.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las potencias europeas fueron cediendo terreno ante la creciente hegemonía norteamericana, que se estableció firmemente en la región con la ocupación de territorios españoles, luego de 1898.

La cesión de bases militares británicas a losEEUU durante la Segunda Guerra Mundial fue sucedida en los años posteriores por el inicio de la descolonización gradual de algunos de los territorios británicos en el Caribe. Este proceso desembocó en 1962 en la independencia política de Jamaica y Trinidad-Tobago. Cuatro años después, Barbados y Guyana siguen el mismo camino y, a partir de 1974, el proceso de independización política se extiende a todo el Caribe Oriental, con la independencia de Granada, Dominica, St. Vincent y las Grenadinas, Antigua y Barbuda, St. Lcía, St. Kitts-Nevisy, finalmente, Belice, al igual que Guyana, territorio británico continental que tiene disputas territoriales pendientes con sus vecinos latinoamericanos.

Tres estrategias

La descolonización gradual del Caribe británico respondió a una manifiesta disposición de Gran Bretaña de ceder su influencia en la región a favor de su aliado norteamericano, como consecuencia de la crisis económica por la que atravesaba en la posguerra y la progresiva pérdida de interés económico y estratégico en el área¹. Sin embargo, la descolonización siguió un ritmo gradual, que garantizó la consolidación en el poder político de los nuevos Estados emergentes de una élite fuertemente imbuida en los valores británicos y el establecimiento de culturas políticas y sistemas parlamentarios inspirados en el modelo de Westminster.

Esta estrategia se desarrolló sin tropiezos y, luego del frustrado intento de creación de la Federación de las Indias Occidentales, entre 1958 y 1962, llevó a la independencia política al grueso de los territorios británicos en el Caribe. En este marco, la única excepción estuvo constituida por el caso de Guayana Británica, donde la emergencia de un amplio movimiento de liberación nacional encabezado por el *Peoples Progressive Party* de Cheddi Jagan dio lugar a reiteradas intervenciones británicas para evitar la independencia del territorio bajo un gobierno marxista.

En el contexto de la creciente preocupación norteamericana por el surgimiento de una «nueva Cuba» en la región, luego de la revolución cubana, el caso de Guyana marca asimismo el primer hito de la intervención norteamericana en el Caribe anglófono, cuando entre 1963 y 1964 los Estados Unidos contribuyeron, en conjunción con Gran Bretaña, a desestabilizar el gobierno de Jagan, elegido por una amplia mayoría popular.

¹Cfr. el reciente libro de Porter, S.: Britain, Europe and the World 1850-1986. Delusions of Grandeur, George Allen and Vnwin, Londres, 1987.

Asimismo, el proceso cubano abre las puertas para una nueva presencia extranjera en el Caribe, en función de los vínculos que Cuba establece con la URSS, introduciendo de lleno en la región los avatares de la «guerra fría» y del conflicto global.

Por otra parte, el proceso de descolonización del Caribe holandés siguió un patrón similar al británico, especialmente luego de la cruenta independencia de Indonesia. Inicialmente, las Antillas Neerlandesas y Surinam pasaron a formar parte del Reino Tripartito de Holanda. En 1975, Surinam obtuvo su independencia política, manteniendo el sistema parlamentario heredado de Holanda, mientras que se avanzaban las conversaciones para la independencia de la Federación de las Antillas Neerlandesas.

La situación de los territorios franceses, sin embargo, siguió una evolución distinta. La conversión en 1946 de Guadalupe, Martinica y la Guayana Francesa en *Départements de Ultramar* (DOM), integró estos territorios a Francia, mientras que la asistencia económica y las subvenciones del gobierno francés las transformaban en el área de mayor ingreso per cápita de la región, con excepción de Puerto Rico y las Islas Vírgenes estadounidenses².

En este marco, si bien desde la década de los 60 se han desarrollado grupos independentistas en los tres territorios, su incidencia política ha sido opacada por la mayoritaria influencia de los llamados «asimilacionistas», que buscan una incorporación total de los DOM a Francia, y los «autonomistas» que aspiran a una mayor autonomía, sin romper los vínculos con Francia³.

La concertación entre los objetivos regionales de Gran Bretaña y de Estados Unidos en el Caribe, surgida durante la Segunda Guerra Mundial, dio lugar a la existencia, entre 1942 y 1946, de la *Comisión Angloamericana del Caribe* (AACC). Posteriormente, esta Comisión se transformó en la *Comisión de los Cuatro Poderes* al incorporar, en 1946, a Francia y Holanda. Durante los quince años de su existencia, la función de esta Comisión consistió en coordinar las políticas de las cuatro potencias en la región, dirigidas por un lado a su desarrollo y eventual integración, pero por otro, paralelamente, a evitar, en el marco de la «guerra fría», cualquier influencia extrarregional contraria a sus intereses⁴.

²Dupont, Louis: *Les départements français d'Amérique*, L'Harmattan, Paris, 1988.

³Constant, F.: «Descentralization et politique aux Antilles Françaises», ponencia al Coloquio Geopolítica del Caribe Oriental, Maison Française, Oxford, enero de 1988.

⁴López Coll, A.: *La colaboración y la integración económicas en el Caribe*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

Despedida y enroque colonial un fenómeno paradójico, que hemos analizado en otro lugar⁵ ha sido la emergencia, en el Caribe no-hispánico en general y en el Caribe anglófono en particular, de un movimiento de reivindicación nacional y regional, de corte radical, paralelo o posterior a la independencia política de los Estados caribeños.

Hacia finales de la década de los 60 y a lo largo de la década de los 70, surgieron y se desarrollaron partidos y movimientos nacionalistas radicales en todo el Caribe no hispanico, con un fuerte contenido étnico, bajo la influencia del *Black Power* y con una orientación socialista de rasgos propios, diferenciada de los partidos marxistas existentes en el área⁶.

Significativamente, este movimiento emergió y se consolidó en la región con un desarrollo propio, sin que se estableciesen vinculos con Cuba hasta bien avanzada la década de los 70. Como consecuencia de su impacto, a finales de la década del 60, ilustrados por la crisis de los «disturbios de Rodney» en Jamaica en 1968, la huelga y movilización popular en Curazao en 1969 y la llamada «revolución de febrero» en 1970 en Trinidad, para citar sólo los más destacados, varios procesos políticos de cuño propio se desarrollaron en la región.

Junto con el «socialismo democrático» del gobierno de Manley en Jamaica, entre 1976 y 1980, y el «socialismo cooperativista» impulsado en Guyana a partir de 1974, este proceso culminó en la constitución del gobierno revolucionario de Bishop en Granada en 1979, luego de un incruento golpe de Estado promovido por el *New Jewel Movement*.

Este proceso se desarrolló en el marco de la progresiva retirada de Gran Bretaña y Holanda de la región, desplazados por la creciente presencia hegemónica de los Estados Unidos, y en función de la política multilateral de la administración Carter y de las potencias medias latinoamericanas hacia el Caribe. Sin embargo, la situación se transforma radicalmente en el último año de la gestión del presidente Carter y adquiere visos más dramáticos con el énfasis ideológico que pone la nueva administración del presidente Reagan en la seguridad regional, en función de la confrontación global y de la contención de la influencia cubanosoviética en la región.

⁵Cfr. Serbin, A.: «La evolución de la Ideología de la izquierda caribeña», en *Nueva Sociedad*, N° 61, 1982; Serbin, A.: «Las experiencias recientes del socialismo caribeño», en *Nueva Sociedad*, N° 63, 1982, Y Serbin, A. Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1987.

⁶Ibidem, 1987.

En el contexto de la consolidación poscolonial de la mayoría de los Estados del Caribe no-hispánico, este proceso se articula con la creciente preocupación norteamericana por los diversos «triángulos y cuadrángulos subversivos» que se configuran en la región, especialmente luego de la victoria sandinista en Nicaragua. Las percepciones de amenaza a los intereses occidentales en la Cuenca del Caribe, fluctúan desde una caracterización inicial del eje «subversivo» conformado por Cuba, Jamaica, Granada a Cuba, Nicaragua, Granada para rematar, luego de algunos indicios de radicalización del gobierno militar de Surinam⁷, con el «cuadrángulo subversivo» Cuba, Nicaragua, Granada y Surinam y su proyección eventualmente expansiva en toda la Cuenca del Caribe, con su circunstantial efecto «dominó» en el flanco sudeste de Estados Unidos.

La crisis política desatada en Granada en 1983 abre las puertas para una «ejemplar» intervención militar de Estados Unidos en la isla, con el apoyo de los gobiernos conservadores de Seaga en Jamaica y de Adams en Barbados, y con el respaldo de los restantes Estados del Caribe Oriental. Paradójicamente, esta intervención provoca una particular *impasse* con el gobierno de la primer ministro Margaret Thatcher, en tanto la invasión norteamericana se produce sin una consulta previa al gobierno de Gran Bretaña⁸.

La crisis granadina se articula, para Gran Bretaña, con la crisis de las Malvinas en 1982, poniendo en el tapete la necesidad de rediscutir la presencia militar británica en el Atlántico, en función de sus propios intereses estratégicos. En este contexto, se genera una nueva preocupación por el destino de los micro-estados surgidos de los antiguos territorios británicos que afecta, no sólo al *Foreign Office*, sino también a la *Commonwealth*, de la cual forman parte los Estados del Caribe anglófono⁹.

Nueva entrada a escena

Si bien las crisis de Granada y las Malvinas marcan un hito significativo en el cambio de actitudes de Gran Bretaña hacia el Caribe, no es dable decir que antes de es-

⁷Cfr. Serbin, A.: «Surinam: ¿revolución o dictadura militar?», en *Nueva Sociedad*, N° 64, 1983, Y Serbin, A.: «Surinam: golpe, crisis y guerrilla», en *Nueva Sociedad*, N° 88, 1987, Y Serbin, A.: «Surinam: un nuevo foco de tensión hegemónica», en *Cono Sur*, vol. VI, N° 3, 1987.

⁸Esta *impasse* genera una de las contadas divergencias en política exterior entre Margaret Thatcher y Ronald Reagan; divergencia que, por otra parte, le severa reprimenda al gobierno de Monserrat, Estado asociado de Gran Bretaña, por apresurarse a participar en la invasión norteamericana de Granada, sin contar con la aquiescencia del gobierno metropolitano.

⁹Hemos desarrollado el análisis de este tema con más detalle en Serbin, A.: *El Caribe: ¿zona de paz? Mililarización y seguridad en el Caribe no-hispánico*, Ed. Nueva Sociedad/Comisión Sudamericana de Paz, Caracas, 1988.

tos acontecimientos las antiguas potencias coloniales europeas se habían desentendido totalmente del Caribe.

De hecho, Gran Bretaña negoció su ingreso en la Comunidad Económica Europea bajo el peso de las responsabilidades de asistencia económica asumidas con sus antiguos territorios coloniales agrupados en la *Commonwealth*. Como consecuencia, en 1975, bajo la presión e iniciativa de los Estados de la CARICOM, se firma el Acuerdo de Lomé 1, estableciendo una serie de preferencias comerciales y un conjunto de programas de ayuda al desarrollo con el grupo de países ACP (Africa, Caribe, Pacífico). Este acuerdo, renovado en 1980 y en 1985, no sólo benefició a los Estados anglófonos del Caribe, sino también a Surinam y las Antillas Neerlandesas, junto con los territorios británicos que aún persisten como Estados asociados en la región. Por otra parte, los DOM franceses en el Caribe se han visto beneficiados directamente por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional, el Fondo Social Europeo, el Fondo de Desarrollo Europeo y un fondo de asistencia agrícola ¹⁰.

Sin embargo, junto con este esquema de asistencia económica desarrollado para los antiguos territorios coloniales y considerado como uno de los más avanzados en la relación Norte-Sur¹¹ no son de descartar, en el marco de la persistente presencia europea en la región, los intereses eminentemente estratégicos. De hecho, los intereses europeos en la Alianza Atlántica y la importancia geoestratégica asignada al Caribe en el caso de un eventual conflicto convencional en Europa, tradicionalmente han dado lugar a la coordinación de ejercicios militares y de inteligencia entre Estados Unidos, Holanda, Francia y Gran Bretaña en la región¹². Estos intereses, sin embargo, varían en función de cada uno de los actores europeos en consideración, por lo cual es conveniente analizarlos por separado.

Mientras que Holanda ha tendido a apresurar el ritmo de la descolonización de las Antillas Neerlandesas y de Aruba, la importante asistencia económica que presta a sus antiguos territorios coloniales y las tensiones internas que impiden una independencia conjunta de las Antillas Neerlandesas y Aruba, han tendido a demorar la independencia política de estas islas¹³.

Por otra parte, en Surinam, la ayuda económica holandesa comprometida en el momento de la independencia fue suspendida en 1983, como un elemento de presión

¹⁰Commission of the European Communities: The ECC and the Caribbean, Bruselas, julio de 1986.

¹¹Cfr. al respecto de una crítica a los acuerdos de Lomé-Sistema Económico Latinoamericano: Evaluación de la Tercera Convención de Lomé, SP/CL/XII.O/Dc. N° 4, agosto 1986.

¹²Serbín, A.: op. cit., 1988.

¹³Horte, RosemanJn y Oostindie, Gert: «Decolonization upsidedown: the case of Netherlands Antilles and Aruba», ponencia a la 46a. Reunión de Americanistas, Amsterdam, julio de 1988.

contra el gobierno militar de Bouterse, luego del fusilamiento de 15 opositores políticos. En este contexto, asimismo, grupos políticos de surinameses exilados en Holanda participaron en el apoyo a la guerrilla antigubernamental surgida en 1986, también respaldada desde la vecina Guayana Francesa, especialmente luego de una visita de Bouterse a Libia.

Los ingleses

En el caso de Gran Bretaña, el ritmo de descolonización impulsado en las dos décadas precedentes se ha detenido completamente. Los seis Estados asociados de Gran Bretaña en la región -Montserrat, Turcos y Caicos, Caimán, Anguilla, las Islas Vírgenes británicas y Bermuda-, cuya población total no supera los 60.000 habitantes, esparcidos en todos los confines del Caribe insular, se resisten a abandonar los beneficios de la asistencia económica y de la defensa británica para caer en los avatares de una existencia independiente¹⁴. Pero tampoco está clara la disposición británica de abandonar sus baluartes coloniales en el Caribe.

Esta disposición está condicionada, por un lado, por los graves casos de corrupción administrativa y de vinculación con el narcotráfico que han afectado a los gobiernos de algunas de ellas (como la que motivó una intervención de la metrópoli en Turcos y Caicos en 1986), como así también, por otra parte, por la persistencia de sus intereses estratégicos en el Atlántico, especialmente en relación a las Malvinas. De hecho, en el último lustro, la presencia naval británica en la región se ha incrementado, aprovechando los puertos amigos de los Estados de la CARICOM y de sus propios Estados asociados, mientras se mantiene una fuerte presencia militar en Belice, con el pretexto de un efecto disuasivo sobre cualquier acción guatemalteca vinculada a la reclamación territorial¹⁵.

Asimismo, pese al decaimiento del intercambio comercial con la región en los últimos años, recientemente Gran Bretaña ha reactivado sus inversiones y su asistencia económica a los Estados de la CARICOM¹⁶. A este cuadro se agrega una cre-

¹⁴Thorndike, T.: «The British Associated Territories of the Caribbean», ponencia al Coloquio Geopolítica del Caribe Oriental, Maison Française, Oxford, enero de 1988.

15

(15) A. Payne señala que la presencia militar británica en Belice sólo implica la permanencia de 1.800 efectivos, cuatro jets Harrier, helicópteros Puma y Gazelle, tanques, un sistema de defensa basado en misiles Rapier, y una fragata de la Marina Real. En este sentido, sólo es superada, en términos de presencia militar extranjera en Centroamérica, por las bases norteamericanas en Honduras (Payne, A.: «The Belize Triangle: Relations with Britain, Guatemala and the United States», ponencia a la 46a. Reunión de Americanistas, Amsterdam, julio de 1988.

¹⁶Espíndola, Roberto: «British links with the Caribbean», ponencia en *ibidem*.

ciente participación en la asistencia militar y entrenamiento policial de estos Estados, particularmente luego de la crisis granadina y de los intentos frustrados de crear una fuerza de seguridad regional en el Caribe Oriental.

Esta renovada preocupación británica por reforzar su influencia en los antiguos territorios coloniales del Caribe encuentra su explicación en el reciente *lobbying* (septiembre de 1988) a favor de la candidatura de la caribeña Nita Barrow a la Presidencia de la Asamblea de las Naciones Unidas, que impulsó Gran Bretaña con el propósito de bloquear la candidatura del canciller argentino Caputo¹⁷. Pese a la función predominantemente simbólica de este cargo, uno de los temas de la agenda de la Asamblea era precisamente la situación de las Malvinas. De manera que, luego de la relativa postergación del Caribe en las prioridades de la política exterior de Gran Bretaña en la década del 70, la importancia de los votos de los Estados de la CARICOM en los foros internacionales y su significativa proyección e influencia entre los países del Tercer Mundo y en el Movimiento de Países No-Alineados, vuelve a resaltar la necesidad de cultivar las relaciones con las ex-colonias, particularmente en el contexto hemisférico.

Francia y los mares

Francia, por su parte, mantiene un interés persistente por sus territorios y departamentos de ultramar, y por los caribeños en particular. Este interés está asociado con sus objetivos de expansión e influencia naval a nivel global, y sus aspiraciones talasocráticas. Como señala un analista, con los DOM- TOM Francia ha adquirido 10.802.125 km² de áreas marinas, y una presencia naval en todo el planeta¹⁸.

Pero en el caso concreto del Caribe, los intereses franceses tienen un definido sesgo estratégico, relacionado con la base aeroespacial de Kourou en la Guayana Francesa. Si bien la finalidad explícita de esta base está orientada al lanzamiento de satélites de telecomunicaciones para servir al conjunto de la Comunidad Europea, también tiene una utilidad militar manifiesta, en tanto en 1991 está previsto, en el marco del programa aeroespacial europeo, el lanzamiento del módulo de transmisiones militares *Syracuse 2* y, en 1993, de un satélite de observación militar *Helios*¹⁹. Otro aspecto estratégico importante relaciona asimismo la posición francesa en el

¹⁷Es interesante hacer notar cómo en esta situación, la República Dominicana, que aspira a incorporarse a los beneficios del Acuerdo de Lomé, pero que no ha logrado ser admitida en la CARICOM, fue presionada para apoyar a Nita Barrow para la presidencia a cambio del respaldo del Caribe anglófono en su intento de ingresar a Lomé (*Caribbean Contact*, septiembre 1988).

¹⁸Moutoussamy, Ernest: Les DOM-TOM. Enjeu geopolitique, economique et strategique, L'Harmattan, París, 1988, p. 15.

¹⁹Ibidem, p. 112.

Caribe con las comunicaciones con sus bases de experimentación nuclear en el Pacífico.

Más allá de estos intereses estratégicos, esta proyección de Francia a nivel marítimo apunta a ofrecer una alternativa militar viable a la Comunidad Económica Europea y, eventualmente, un aliado relativamente autónomo a la Alianza Atlántica. Estos objetivos se articulan asimismo con una política regional más matizada que la de Estados Unidos, en un intento que conjuga la intención de contener y contrabalancear cualquier avance regional de los intereses soviéticos con el mantenimiento de la estabilidad regional²⁰.

En este sentido, Francia no ha dudado en colaborar en labores de inteligencia con los gobiernos de los Estados del Caribe Oriental, en especial con Dominica, cuya situación geográfica afecta a los territorios insulares franceses, y en tratar de influenciar los acontecimientos políticos en Surinam²¹.

Por otra parte, durante el gobierno de Mitterrand se ha procedido, en 1981, a la descentralización de los DOM, otorgando una mayor autonomía y gobierno regional a los departamentos. En este contexto, los grupos independentistas han visto restringido su accionar, aunque los vaivenes de la política metropolitana y regional, con sus representaciones de los partidos metropolitanos, recientemente han llevado al Partido Comunista de Guadalupe a asumir un apoyo a las posturas independentistas²².

En suma, el mito de la ausencia de intereses estratégicos europeos en el hemisferio²³ parece no tener demasiado sustento, si juzgamos en base a la influencia económica y a la actividad militar desplegada por las antiguas metrópolis coloniales en el Caribe. De hecho, parece producirse una total reversión de los procesos de descolonización iniciados en la década del 60 en el Caribe, con el agravante en que ambas partes -territorios colonizados y antiguas potencias colonizadoras- parecen coincidir, por razones diferentes, en que la fase de retirada colonial en el Caribe se ha cerrado coyunturalmente.

Mientras que para los territorios asociados y departamentos de ultramar el retardo del advenimiento de la independencia política se convierte en un elemento de su-

²⁰Rebour y Trehard: «Signification strategique de l'espace Caraïbe», en *Déjense Nationale*, abril y mayo 1986.

²¹Serbin, A.: op. cit., 1988.

²²*Caribbean Times*, marzo de 1988.

²³Insulza, José Miguel: «¿Qué espera América Latina de Europa Occidental?», en *Nueva Sociedad*, N° 85, 1986.

pervivencia, dadas las sustanciales ayudas económicas desembolsadas por las antiguas metrópolis coloniales y los esquemas de asistencia europeos, con sentimiento de culpa mediante o no, para los Estados europeos involucrados en la región, la persistencia de una presencia en el Caribe obedece a razones estratégicas, particularmente en los casos de Francia y de Gran Bretaña, y a razones políticas, en especial si tomamos en consideración la influencia que los Estados de la CARICOM han adquirido en los foros internacionales²⁴.

Desde esta perspectiva, la continuada influencia europea, junto con la presencia hegemónica norteamericana en la región, no hacen más que augurar nuevas distorsiones en la escena geopolítica del Caribe nohispanico; la persistencia de un ámbito de significativa influencia europea en el Hemisferio.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 99 Enero-Febrero de 1989, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

²⁴Nuevamente, el caso reciente (septiembre 1988) de la competencia por la presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas es ilustrativo al respecto.